

## R e v e l a c i o n e s   d e   u n c o l e c c i o n i s t a   d e   p u e s t a s   d e s o l

Por un juego de circunstancias puramente fortuitas, tuve la suerte de aprender un oficio de cuya existencia ni siquiera estaba enterado. Un oficio que jamás me permitió ganar un peso, eso es verdad, aunque tampoco me sacó ninguno; pero que, en cambio, me hizo adquirir todo un cúmulo de enseñanzas y recetas aplicables a las más variadas prácticas del vivir; hasta las más crasas y utilitarias, como veremos.

La historia comenzó hace un montón de años -no menos de treinta, me parece-, cuando quedé instalado, y no por decisión propia, en el tercer piso de una oficina que tenía una ventana orientada hacia el oeste. Desde allí contemplaba cada tarde, y a mi antojo, el Cerro y la Bahía de Montevideo, tras los cuales, como es bien sabido, se pone el sol todas las santas tardes. De tal manera, durante años y años, vi presentarse ante mí la puesta de sol de cada día; y fue así cómo, casi sin darme cuenta, adquirí el noble oficio de "mirador de crepúsculos". Y en esa profesión me diplomé, hice luego cursos de posgrado, me doctoré finalmente, y hoy me jacto de ser el hombre que más conoce de crepúsculos en este país, y uno de los expertos más calificados en el mundo entero. Respaldado en semejante autoridad, es que intentaré de inmediato disipar el malentendido que, como una maldición y una mácula, pesa sobre las puestas de sol acusadas no sólo de inútiles, sino también de cursis, romanticonas y pasadas de moda, sin ninguna justicia.

A mí me asombra la falta de sutileza que muestra el ser humano cada vez que necesita elaborar un símbolo. Falta de sutileza, o quizás, meramente, pereza mental. El hombre, desde siempre, observó lo que ocurre en el momento del crepúsculo: el sol se sumerge en el horizonte, desaparece, deja de regir y se prepara entonces la organización de las sombras, hasta que al poco rato la noche queda formalizada e imperante. Observó ese eslabonamiento de sucesos y ya no necesitó más: "Ahí tenemos - se dijo - perfectamente armado y desarrollado, el símbolo exacto de nuestra entrada paulatina en la sombra, de nuestra declinación; ¡la muerte, vamos!" Y es así cómo el ocaso carga, desde tiempos inmemoriales, con el fardo de constituirse en la parábola más perfecta del concluir de la vida y del ingreso en la oscuridad.

Un día usted descubre que se está poniendo viejo, que se siente fatigado y declinante. ¿Qué mejor, entonces, que instalarse delante de una aparatosa puesta de sol? Allí la naturaleza le organizará para usted solo la réplica exacta, la fotocopia más fiel de lo que está sintiendo dentro, objetivado - y corroborado - por aquellos telones violáceos y los rayos anémicos de un sol que penosamente se retira detrás de un horizonte de pompas fúnebres.

Yo afirmo, en cambio, que los crepúsculos, debidamente mirados, significan casi lo contrario. "¡Imposible!", se dirá, "no hay otro modo de entender el mensaje metafórico de un crepúsculo! ¡Si rompe los ojos!" Romperá los ojos; ¿pero de cuándo a acá miramos con los ojos? Si mirásemos con los ojos, hoy mismo seguiríamos pensando, tal como pensaban los egipcios, que las estrellas son lamparitas colgadas del firmamento nocturno; o que la tierra, como imaginaban los griegos, es chata como un plato, tal cual se le aparece al ojo desnudo.

Pero el ojo desnudo lo único que hace es proporcionarnos los datos primarios; la que **mira** realmente, la que pone los contenidos y los significados y la carga vivencial es la mente, no el ojo pobrecito y tan poquita cosa. Lo malo es que la mente hereda contenidos y luego logra que

la afectividad **sienta** en función de lo que heredó.

Tal es lo que nos pasa hoy: hemos heredado de otros (malos miradores de crepúsculos), el simbolismo burdo, obvio, de la puesta de sol. Y como la herencia nos lo impone, resulta que cuando vamos a contemplar un crepúsculo cualquiera, ya lo presenciamos **de antemano** como declinación y muerte. Le aplicamos, sin ningún análisis, la etiqueta heredada.

Pero quienes se hayan pasado, como me pasé yo, coleccionando crepúsculos durante treinta años, habrán descubierto que los crepúsculos, de declinación y muerte **no tienen nada**. Hablan de otra situación, su lenguaje apunta en otras direcciones y su mensaje dice cosas completamente diferentes. De tal modo, nuestro primer trabajo es retorcerle el pescuezo al viejo simbolismo heredado, romper la costra de rutina mental, y lavarnos los ojos para mirar con auténtica mirada virginal, primeriza, lo que **de veras** nos aporta la puesta de sol.

Esta tarea de fácil no tiene nada. Porque al revés de lo que suele pensarse, **nada lleva más tiempo que lo primerizo**. Lo primerizo no está al principio, sino al final. Lo primerizo - no nos equivoquemos - **es lo que se encuentra último**.

Cuando logré contemplar los crepúsculos con ojos primerizos, con alma primeriza, saltó en pedazos el simbolismo antiguo, se me desnudaron los ocasos y me revelaron preciosos secretos.

Antes de internarnos en estas revelaciones, conviene destruir otro equívoco que nos induce a engaño. Muchos señalarán, con esa miopía que caracteriza a las personas extremadamente cultas, que todo el arte universal, prácticamente sin excepciones, recurrió desde siempre a los crepúsculos para transmitirnos declinación y muerte.

Yo quisiera prevenir a la gente contra los artistas e incitarla a desconfiar del lenguaje artístico. Por cierto que el artista es creador genuino en tantos aspectos fundamentales, pero no en uno: no es creador de símbolos; es **usador de símbolos ya hechos**. Obsérvese que para los fines del artista, pocas cosas hay tan aprovechables como un símbolo ya hecho y aceptado por todos. Por ejemplo, si yo, escritor o dramaturgo o cineasta, quiero hacer sentir que mi protagonista está enfrentado a un momento de declinación o de fracaso, no encontraré recurso más cómodo que colocarlo en medio de un crepúsculo. El lector o espectador va a sentir enseguida exactamente lo que yo necesito que sienta, con un mínimo esfuerzo de mi parte.

Por eso, el símbolo ya hecho, establecido y consagrado, es un aliado inestimable para cualquier artista. Casi que es el alma de su arte (el alma y el arma). ¿Para qué iba a inventar símbolos nuevos, que requerirían todo un proceso previo de entendimiento y de aceptación? Lo mejor para sus fines es apelar a los símbolos al uso.

De tal suerte, el hecho de que el arte haya recurrido en todas las épocas y culturas al simbolismo obvio del crepúsculo, no es prueba ninguna de que estamos ante un símbolo "natural"; en todo caso, abona en favor de la alarmante pasividad simbólica del artista, que no está para esos menesteres.

¡El crepúsculo como declinación y muerte! Para mí, en cambio, es uno de los trabajos más potentes, más orgánicos, más musculosos, que pueden presenciarse en la naturaleza.

En la puesta de sol, el cielo parece reconcentrarse para el gran esfuerzo; la luz se acumula toda en el horno del ocaso, como juntando potencia; el sol se vuelve morado como si lograra su mayor densidad de poderío. Y así, concertados todos los elementos, comienza la impresionante mutación, que es un colmo de energía.

En ese ámbito reducido del oeste donde tiene su fragua cada ocaso, se empieza a

transmutar ante nuestros ojos la naturaleza en tremenda torsión. El día, metido en esa cocina, va trocando su mucha luz en innumerable sombra. O sea que el día va mudando su alma y va a salir de allí convertido en un ser diferente. Es todo un trabajo de cíclope: ¿se ha logrado nada menos que parir la noche! Todo un alarde de energía pocas veces visto. ¿Adónde queda lo claudicante, el desangramiento, que se ha querido ver en los crepúsculos? Al contrario: se ve una fuerza colosal, desmesurada, operando allí, una gestación imponente de algo tan gigantesco, tan fuertemente estructurado como es la noche.

Modelar la magna noche no puede ser un trámite de la debilidad, de la deserción, de lo que perime. Es creación descomunal, es arquitectura de gigantes. La noche, lejos de ser adormecimiento, como pretende el simbolismo perezoso y vulgar, es explosión robusta y admirable de acciones cargadas de una vitalidad desmesurada. Si el crepúsculo fuera un órgano anémico, exangüe, no podría parir algo tan resonante como es la noche.

Y aquí aparecen dos enseñanzas de las puestas de sol, inapreciables para los hombres y mujeres serios, traspasados por la pasión del rendimiento y la eficacia en dólares, meta tras la cual corremos hoy todos los hombres de bien.

La primera: señores negociantes de todo pelo y marca, no se dejen seducir en sus graves asuntos por las apariencias primeras que les presentan las cosas. Ante cualquier negocio, rompan siempre la costra del mirar convencional, como acabamos de hacer con los crepúsculos, y sepan llegar hasta la médula limpia, inusada, de las realidades. Así se trate de la transacción más delicada (sobre todo si se trata de la transacción más delicada), extráiganle su signo último y virginal, sin dejarse llevar por ningún esquematismo ni mito establecido.

La segunda lección: si ustedes, hombres serios, son capaces de concertar portentosas energías y concentrarlas en una empresa maniática como es un crepúsculo, no duden de que los resultados llegarán hasta los extremos de la magia más descabellada. Porque si bien se mira, no hay nada más descabelladamente mágico que esa transmutación diaria de contrarios, ese pasar hermosísimo del frenesí del día y de la luz, a las llanuras oscuras, afelpadas y extasiadas de la noche. ¡Cuántas veces un gran negocio consiste en giros y traslados de parecida magnitud!

Pero hay muchísimo más que aprender de las puestas de sol. Quizás lo primero que les descubrió a los crepúsculos a fuerza de coleccionarlos día tras día, fue que su proceder se parece extrañamente a la prestidigitación. Los crepúsculos aman el ilusionismo, disfrutan con el juego exquisito de las apariencias. Tienen un humor juguetón; son eximios jugadores de mosqueta. ¡Y cuántas actividades productivas hay, donde la mosqueta bien jugada decide de un resultado rendidor!

Un ejemplo cualquiera. De repente, el crepúsculo tiene la ocurrencia de atrapar al paso una nube que anda a la deriva; una nubecita de poca monta, gris, sin alma ni temperamento. El ocaso la atrae primero, la arrima luego hacia el foco de su horno, que está encendido con todos sus fuegos, y entonces le vierte un soplido por dentro.

Bastó. Aquella nube boba, sosa, se arrebola toda, se incendia en su interior, y empieza a desplegarse sobre el vasto cielo como si fuera una esplendorosa nave en llamaradas, mostrando sus velas, sus alas, y se remonta entusiasmada, se ensancha por el firmamento tiñendo el agua de la bahía como dominada por una portentosa pasión. Tan sólo un pase de manos hizo el sol poniente, y saltó el prodigio.

Es que el crepúsculo posee en cantidades millonarias los recursos de un eximio prestidigitador. Usa continuamente telones de nubes, que corre y descorre; cortinados ligeros, muselinas leves, gasas etéreas, y las desplaza con sutil habilidad de aquí para allá.

¡Y cómo sabe valerse de efectos de luces variadísimos, que le permiten realzar este sector o

apagar aquel otro, según que necesite destacar u ocultar tal o cual figura! Las escamotea primero, las hace reaparecer después. Igual que los magos de varieté. Y lo hace con la perfecta limpieza del más pulcro ilusionista.

Ahora bien; cuando el crepúsculo enrojece o arrebola una nube que era gris, hace con la nube lo que nosotros tenemos que hacer (tendríamos que hacer) con los hechos todos de nuestra vida. Porque la mayoría de los actos en que nos insertamos, nos llegan grises y neutros, como las nubes bobas. Pero pueden arrebolarse, si nosotros nos proponemos soplar un incendio dentro de ellos.

Y aquí otra indicación para los hombres de negocios: un gran negocio es difícil que llegue ya incendiado, ya glorioso. También se aparece gris, neutro como las nubes antes de caer dentro del fogón de un absorbente crepúsculo. Eso que llamamos "gran negocio" es meramente una posibilidad blanquecina. Arrebolarlo quiere decir meterle dentro inteligencia, decisión, coraje, imaginación, atrevimiento. El mejor negociante es el que arrebola más. El gran negocio, capaz de bañar en dólares a quien lo plasma, es una hermosísima nube sonrosada que el negociante compuso con sus habilidades o su genio incendiario. ( Y el que no sea un incendiario, que no se meta a hacer negocios).

Un gran amor también procede de este modo. El amor nos llega sólo como posibilidad. Para que esa mera virtualidad se haga efectiva, tenemos que arrebolarla nosotros. Soplar llamas adentro de ese amor para que se infle y se despliegue, y cubra el firmamento de nuestra existencia toda, y lance sus destellos cárdenos sobre las aguas interiores, tal como la nube arrebolada tiñe entera la bahía de Montevideo.

Son numerosísimos los que piensan que en un crepúsculo siempre ocurre lo mismo. Sí, ciertamente: todos los días es un sol que descende hasta rozar el horizonte, y luego se sepulta detrás de él. ¡Otra vez la observación crasa, el vuelo tosco y bajo! Yo, con mi experiencia crepuscularia, puedo afirmar que cada puesta de sol es una aventura diferente a cada otra; y una aventura, además, de resultado incierto: ¡nadie sabe jamás en qué va a desembocar un crepúsculo! Puede terminar en tragedia o en apoteosis.

A veces, en una espaciosa puesta de sol vemos dibujados en el cielo a dos enormes barcos llameantes, enfrentados. Pero no sabemos si van a combatir o a asociarse, fraternos, en torno a alguna navegación común. Otras veces, lo que aparece es una esplendente catedral edificada con nubes, y tan iluminada, tan señorial en su coloración, que se adivina sin más que en ella están ocurriendo ceremonias magníficas. ¿Pero de qué signo son esas liturgias? Nadie lo sabe.

En otras ocasiones son animales fantásticos los que corren por el cielo; animales purpúreos, arrebatados, que no sabemos si van en persecución asesina o en persecución de amor.

O se recorren de pronto escalinatas que conducen hasta lo más alto del azul, y desde allá se derraman cascadas de pedrerías en ascuas, que pueden convertir en antorcha al Cerro de Montevideo y calcinarlo.

Por eso hay que presenciar en vilo cada crepúsculo, con el corazón en la boca. Nada anticipa su desenlace. Desastre o gloria: ¿quién es capaz de anticipar su final?

Esto debiera enseñarnos -también a los hombres positivos - a vivir alertas cada minuto de nuestra vida, en la seguridad de que no aparecen ni pueden aparecer sucesos repetidos, ni siquiera semejantes. Si no estamos convencidos de ello hasta los huesos, los hechos pueden sorprendernos mal parados: como creemos que la puesta de sol es siempre un sol que se pone, nos desapercibimos, bajamos la guardia. Y entonces sucumbimos. No, no: cada sol que se pone trae su diferencia, su especificidad. Yo propongo que nos metamos adentro de cada crepúsculo (adentro de cada acto vivo), hasta ver cómo resplandece lo exclusivo, lo

intransferible que trae. Y ello puede ser un temible peligro; pero también la suprema oportunidad.

Los crepúsculos, por último, son también una admirable lección de convivencia y de respeto por el prójimo. Tienen tanta delicadeza, tanto miramiento con quien se detiene a contemplarlos, que jamás se presentan acabados, completos. Nos piden que los completemos nosotros.

De repente vemos una nube por allá, que "podría" parecer un caballo. Pero también se asemeja a unas chozas agrupadas. El crepúsculo les pone luz, las hace resaltar, pero no decide qué son. Le da no sé qué: ¿cómo nos va a dejar fuera de juego?

Y entonces nosotros miramos y miramos, y al final completamos esas formas, según nuestro leal saber y entender. Yo diré: caballo. Mi vecino dirá: chozas. Un tercero verá soldados en marcha. El crepúsculo jamás se opone.

Así, nos obliga a crear, a inventar, a redondear actos. Formidable lección de respeto: es como si el crepúsculo me dijera "quiero que tú existas". ¡Y me incita a fabricar lo que él es!

Pero además es una lección admirable de convivencia. Porque convivir es eso: creación del uno por parte del otro, mutua creación. Una pareja, si es auténtica, se construye de ese modo: uno va fabricando al otro, lo va completando; y viceversa. Eso supone mucha entrega de parte del que se ofrece a ser creado; y humildad y confianza en lo que su pareja hará. Y en definitiva, un enorme amor: ¡le otorgamos al amado el privilegio de que nos haga a la manera que él elija!

Nadie es nunca un proyecto acabado. Amar a alguien es convocarlo a que venga a completar las líneas del proyecto que uno se ha trazado para sí.

Cuádruple lección, pues, de las puestas de sol: lección de entrega, lección de humildad, lección de convivencia, lección de amor. ¿Qué clase de hombre desdeñaría tales enseñanzas?

Un día tuve que apartarme de aquella ventana del tercer piso que miraba al oeste. Perdí el Cerro, la bahía, las puestas de sol. Me fui a vivir a un lugar donde jamás se veían crepúsculos. Fue un arrancón. Me sentí mutilado. Cada día, cuando llegaba la tardecita, me dolía hasta físicamente la falta de ese lazo hondo. Porque no es fácil, puedo asegurarlo, pasar a ser un hombre descrepusculado.

Pero tuve suerte. Años después, aparecí un día viviendo, como hoy vivo, en un alto lugar que también mira al oeste. Es cierto que hay edificios no menos altos que el mío, que me ocultan la falda del Cerro y la bahía casi íntegra. Sólo me quedó un retacito de horizonte visible, y en ciertas épocas del año es justo en ese sitio donde se instalan los hornos de las puestas de sol.

Cuando reencontré los crepúsculos, después de tantos años, me reconocieron. Nos saludamos, me volvieron a mirar con esa dulzura que sólo ellos tienen. Me trajeron de regalo unos suntuosos cielos cárdenos y violáceos. Y se pusieron a pasarme mensajes emocionados e íntimos, con sus lenguas de color y sus llamaradas bondadosas. Llegan cada tardecita y despliegan como un jardín meditativo delante de mis ojos. Y yo recibo, en esa concordancia que hemos renovado, lo mejor de las cosas.